

**EL SALVADOR:**  
**campesinos regresan a sus tierras**  
**y gobierno expulsa a 23 religiosos**

El 15 de julio de 1986, la catedral de San Salvador estaba llena de campesinos desplazados que iniciaban con la Eucaristía el regreso a su tierra. Después de meses o años de vivir en campos de refugiados, intentaban cambiar el ocio inútil y desesperante por el trabajo en sus propias parcelas.

23 religiosos extranjeros (19 estadounidenses, 2 canadienses y 2 australianos) acompañaron a las 132 familias campesinas. En Aguacayo, un contingente militar no les permitió continuar su viaje. El ejército, por la fuerza, retiró del lugar a los 23 religiosos, pero los campesinos, como se lee en Carta a las Iglesias (nº 120, 16-31 julio 1986), no quisieron retirarse...

Y se quedaron. Comenzaron a organizarse por grupos para bajar las cosas de los camiones y poner plástico a los víveres que llevaban para que no se les dañaran. Allí estaban más de 600 personas, sin un arma, rodeados de soldados, pero decididos a proseguir su camino hasta la hacienda de El Barillo. Y algo bello ocurrió también. Una campesina dijo que tenían que platicar con los soldados,

"ellos también son humanos". Son además pobres, como los pobladores; son del mismo pueblo, como decía Mons. Romero; ellos podrían entender "cuál ha sido la vida que hemos tenido en los refugios y que ya no queremos vivir como refugiados y que queremos trabajar en nuestras tierras para mantener nuestras familias". En esas palabras había una secreta esperanza de mutua comprensión, de recon-

ciliación, de poder vivir todos en paz.

Mientras la gente trabajaba, hablamos con varios campesinos. Nos acercamos a una señora, la niña Luz, que estaba tranquilizando a uno de sus hijos, y le hicimos la siguiente entrevista.

P. Niña Luz, ¿está usted contenta de haber llegado aquí o prefiere volverse al refugio?

R. Prefiero aquí, a donde nos van a llevar, porque por lo menos vamos a trabajar, si Dios nos permite y Dios nos presta vida. Primero Dios vamos a tener pollitos, a ver si podemos comprar unos tunquitos. Si podemos arreglar el jardín, si podemos arreglar otra casita, ya tranquilos nos vamos a sentir, contentos. Ya con nuestros hijos vamos a estar allí si Dios quiere, ya con la casita, aunque sea chiquita pero bien arregladita. Me siento contenta de haber regresado aquí al lugar donde hemos vivido tanto tiempo, porque hemos dejado el terrenito donde vivíamos. Yo le pido a Nuestro Señor Jesucristo que nos dejen vivir, que no vayan a estar molestando

los soldados ¿verdad? Sentimos temor de que nos vayan a enviar a bombardear porque estamos curtidas de eso.

P. ¿Cuánto tiempo estuvo usted en un refugio, niña Luz?

R. He vivido bastante.

Con la operación Fénix nos llevaron; sí, cuatro meses ya. Antes vivíamos no en el mero El Barillo sino en otro cantoncito más abajo, pero allí estaremos cerquita de nuestros terrenitos que teníamos, buenos para la milpa, para los frijolares. Y esa es nuestra alegría, pues, de regresar allí. A ver si primero Dios podemos llegar a trabajar y pidiéndole a nuestro gobierno que nos dejen vivir en paz, en esa paz que tanto ansiamos. Hasta a los niños chiquitos los tenemos malosos ya de ver las bombas que les han caído tan cerquita. Ya ellos se sienten con un gran temor, también aquí. Sólo de ver a los soldados me dicen: "Mamá, vámonos de regreso al refugio".

P. Aquí está uno de sus niños ¿cómo se siente?

R. Pues ya dije que lleno de temor. Con los operati-

vos que aguantamos hace meses le entró el gran miedo. Allí en el refugio no lo pude hacer que fuera al kinder ni a la doctrina. Corría a esconderse. Donde le hablaba, en un solo grito se iba. Por eso la señora que se encargaba de andar buscando a los niños, cuando le fue a buscar, lo halló bien arrinconado. "Quizás cuando sea grande se le pasará". El miedo no se le pasa. Apenas oye zumbiar los aviones y es un solo grito. Hasta palidito estaba. Entonces yo le agarraba y el corazoncito le hacía así, mire. Entonces yo me decía: "Ay mi pobre bicho. Se me va a morir maloso con estos aviones". Yo me asustaba bastante, pero, pues, ya ahora hemos vuelto. Le pido a Dios todopoderoso que se calmen estos bombardeos, que ya no vuelvan y que nos dejen vivir tranquilos. Es terrible las bombas cerca de uno. Pues porque Dios es grande y poderoso estamos todavía contando estas historias. Porque yo siento dolor y tristeza en mi corazón, porque yo, todos, mis padres y mis hermanos murieron soterrados de una bomba. Y yo y mi corazón se siente destrozado. Y por eso, quizás, más siento

la ilusión de haberme venido para ver de visitar la tumba donde están enterrados mis seres queridos.

P. ¿Dónde están enterrados sus familiares? ¿Cuántos murieron?

R. Están aquí en Platanares.

El 5 de junio ajustaron un año de muertos. Para un desembarco que hubo cayó la bomba en la casa donde ellos vivían y allí quedaron muertos, soterrados tres niños, uno de tres años, otro de seis y otro de diez, con la mamá, el papá y mi papá también. Y otro hermano que murió por los aviones también, pero fue en otro bombardeo. Los aviones han matado a todos mis seres queridos. Mi esposo, gracias a Dios, lo tengo todavía vivo. Aquí anda. Fue ese triste bombardeo que cayó el 5 de junio que a nosotros, por milagro de Dios, no nos afectaron las bombas. Nos habíamos hecho al lado del paredón de un río y allí cayeron dos bombas y sólo nos dejaron todas verecas, pero gracias a Dios que no nos mató. Y desde entonces el niño ha quedado así asustado. Es triste, triste ver esa tragedia. Ustedes no han visto esas ingratitudes.

Y yo digo "Dios mío, ¿cómo les das poder a estos hombres para volar en esos aparatos?" Donde los miro, sólo con el zumbido ya tenemos aflicción, que parece que ya oímos el tronido de una bomba. Esos A-37 sólo con el zumbido lo asustan a uno. Viera usted.

P. Entonces, ¿usted piensa visitar la tumba de sus familiares?

R. Si hay posibilidades, éstos son mis deseos de ir a visitar las tumbas donde están mis seres queridos. Y los quisieron sacar en noviembre. Entró un operativo y quisieron sacarlos. Les han escarbado como una vara de hondo. A saber qué es lo que querían hacer con los huesos ellos. Pero ya no siguieron escarbando. Pero le hicieron tamaño hoyo. Yo no sé qué era lo que querían.

P. ¿Y qué pasará si no dejan de bombardear ahora?

R. Si siguen bombardeando, siempre seguiremos siendo víctimas. Yo le dije a Dios todopoderoso que ilumine el corazón a este señor presidente que ya no mande estos bombardeos. Al presidente ése, Reagan, que

manda esas ayudas para los bombardeos esos aquí a masácrar niños inocentes, viejitos. Porque mi papá era ya un ancianito que tenía 75 años cuando murió soterrado de las bombas. El tenía 14 años de ser ciego. El no miraba, él sólo oía el zumbido de los aviones.

P. Nos han dicho que ese hijo suyo nació en medio de un operativo, ¿es verdad?

R. Así fue. Fue un 27 de marzo. Andábamos en retirada de un operativo, porque si uno los espera lo matan a uno. No es la primera vez que han matado, niños y todo han matado a balazos. Y allí nació el niño. Eran como las cinco de la mañana. Sólo nació y tuvimos que marcharnos dando gracias a Dios que ahí lo tenemos, aunque sea todo tan maloso. Sólo fue naciendo y yo caminando. Nos fuimos de allí porque dijeron que ahí vienen los soldados, ahí no más. Y si nos hallan habría sido una masacre, porque hicieron una masacre por un cantón de cerca de Suchitoto. Murieron como 150 personas. A la gente se las llevaron y no las perdonaban, las mataban.

P. Me han dicho también que su hijo se llama Oscar Arnulfo.

R. Sí, así se llama. Cuando murió Monseñor yo estaba embarazada y dije que si es varón le voy a poner Oscar Arnulfo. Pues sí, lo queríamos mucho porque él animaba bastante. Y como fue varón, le puse Oscar Arnulfo.

P. ¿Conoció usted, niña Luz, a Monseñor Romero?

R. No nos perdíamos la misa de los domingos por el radio. Todos los domingos la oíamos. Y cuando venía él aquí a Suchitoto, pues sí, veníamos a verle, aunque hasta el canton no llegó. Los domingos, sí, no nos perdíamos el sermón. Si no lo oía por la mañana porque tenía que venir al pueblo, lo oía en la tarde. Esperaba con un fervor oír sus palabras. Y las últimas palabras que dijo, ¡bien me las recuerdo! Y yo, cuando las oía, cuando decía las palabras, el llamado que hizo al señor presidente, a los soldados y a la guardia, pues sí, sentí yo aquella cosa en el pecho. ¡Ay! decía yo. Así como está diciendo Monseñor, peligroso es que le hacen

algo, dije yo el día domingo. Y mire, cabal. El día lunes era muerto. Y yo decía, lo que dijo ayer no les pareció. Solamente eso.

**Agarrados de la mano rezaron el Padrenuestro.**

"Solamente eso" son las palabras con que termina de hablar la gente sencilla. Pero "eso" y, en el fondo, "solamente eso" que contó la niña Luz es lo que explica la solidaridad internacional. Muchas cosas podrán discutirse sobre la solidaridad, se podrá invocar la prudencia y la casuística. Pero cuando hombres y mujeres de buena voluntad, cristianos de otros países y sobre todo de Estados Unidos escuchan relatos como el de la niña Luz, no hay que maravillarse de que vengan a ayudar y a proteger con su presencia a los pobres. Trágico sería, más bien, que no lo hicieran. Y entonces, también a ellos les salpica un poco la incomprensión y los ataques de que, con crueldad infinitamente mayor, son víctimas los pobres. Así ocurrió al día siguiente, 16 de julio.

La gente había pasado la noche al aire libre

o dentro de la Iglesia que, como todas las demás cosas, no tenía techo. Todas estaban destruidas, como lo pudo comprobar Mons. Rivera el 15 de octubre del pasado año. Alrededor de las diez el Padre Richard Howard, jesuita de California estaba celebrando una misa, mientras algunos pobladores habían comenzado ya el trabajo de preparar cubiertas para los víveres y para ellos mismos. Alrededor de las 10:45 llegaron dos camiones llenos de soldados y dos pick-up también con soldados. Al bajar, los soldados se dispersaron y ocuparon posiciones estratégicas por toda el área y cada una de las salidas. Un coronel ordenó agruparse a todos los extranjeros y comenzó a explicarles que no tenían ningún derecho de estar allí y que tenían que salir todos. Empezó entonces una vehemente discusión entre el coronel y los extranjeros sobre sus derechos y sobre las razones de su presencia. El coronel dijo entonces que quería hablar con los salvadoreños, pero sólo después de que hubiesen salido todos los extranjeros. Prohibió tomar fotos o hacer grabaciones aunque los militares lleva-

ban su propio equipo de televisión y varios de ellos estaban tomando fotos y grabando las discusiones.

En un momento dado, el coronel se dirigió a un sacerdote extranjero, con residencia salvadoreña y encargado por el arzobispado de coordinar el trabajo pastoral con desplazados. Al pedirle sus documentos y ver que era jesuita, insistió en que tenía que salir del país junto con los otros. El sacerdote contestó que tenía permiso y tenía obligación, debido a su trabajo, de acompañar a los desplazados. El coronel dijo: "Aquí soy yo quien mando y usted está en una base militar". El sacerdote respondió: "Usted manda a sus soldados, pero yo soy sacerdote y aquí estamos en la arquidiócesis". El coronel estaba visiblemente enojado, pero no insistió en que el sacerdote tuviera que abandonar el país.

Los religiosos extranjeros se negaban a abandonar el lugar y era cada vez más claro que tendrían que obligarlos por la fuerza. Los religiosos formaron un círculo, juntaron sus manos y de pie rezaron un Padrenuestro con la

participación de un soldado que, inesperadamente, quedó dentro del círculo. Después se sentaron en el suelo y con las manos siempre juntas comenzaron a cantar "We shall overcome", "venceremos", canción de los pacifistas norteamericanos durante la guerra de Vietnam. El coronel mandó entonces que los soldados depusieran sus armas y que a la fuerza metieran a los extranjeros en los pick-up. Así lo hicieron. Dos o tres soldados fueron cargando a cada uno de ellos. Hicieron tres grupos y en tres grupos se los llevaron. Muchos de los religiosos lloraban. Una religiosa, ya desde el camión, gritaba a la gente: "Vénganse, vénganse. Yo no me quiero ir y dejarles a ustedes". Pero no hubo forma de convencer al coronel. Este dijo que no quería usar la violencia, pero que se irían por las buenas o por las malas.

Los pobladores se quedaron solos y apenados, muchos de ellos lloraban también. "¿Por qué lloran, si no son sus tatas, ni son sus maridos, son éstos?", les decía el coronel. "Y ¿cómo no vamos a llorar?", explicaba después un desplazado. "Extranjeros o salvadoreños,

todos somos hijos de Dios. Tenemos que sentir lo que otro siente. Como nosotros los sentimos a ellos, ellos nos sintieron a nosotros. Nosotros nos sentimos bien intranquilos de que no nos dejaron estar con el consuelo de un extranjero, de un hermano. Ellos vieron que sí sentíamos una necesidad. Por eso el pueblo en un momento se sintió mal sin ellos, pero nos dimos valor y teníamos fe en Monseñor, que él nos iba a consolar y que nos iba a mandar un sacerdote".

#### Los que se van y los que se quedan

Los religiosos fueron llevados a Suchitoto. Allí decidieron que la mitad del grupo regresara a la capital y la otra mitad permanecería en la prisión en Suchitoto como señal de protesta, pero no fue posible. Un oficial les comunicó que había recibido una llamada del presidente Duarte de que todos tenían que partir para quedar detenidos en la capital. Fueron llevados primero a la Policía de Hacienda y después fueron enviados a las autoridades de migración. El día 17 de julio, a las tres y

media de la tarde fueron deportados a Guatemala.

La explicación oficial ya es conocida: estos extranjeros han violado las leyes salvadoreñas. El general Blandón añadió: "Es algo que tenemos que hacer, que nos respeten desde ahora en adelante en el país". Ya se ha insinuado una revisión de la legislación sobre la permanencia de religiosos extranjeros en el país, y de hecho ya se nota un mayor control sobre los religiosos extranjeros: para salir del país se necesita aprobación previa del arzobispo.

¿Y la embajada de Estados Unidos? Al fin y al cabo, 19 de los deportados tienen nacionalidad norteamericana. Tan celosa, como siempre, de la observancia de la ley, envió a dos funcionarios a Suchitoto y a la Policía de Hacienda para comprobar que se daba buen trato a sus ciudadanos. Pero le pareció muy bien que los deportaran. El gobierno norteamericano que envía cientos de millones de dólares para la guerra, que protesta y pone el grito al cielo cuando funcionarios o periodistas norteamericanos -véase el reciente

caso en Nicaragua- son expulsados de países socialistas, acepta -o promueve- sin pestañear que 19 de sus ciudadanos sean expulsados por el delito, al parecer intolerable, de acompañar a unos pobres campesinos.

Ya en Guatemala los religiosos hicieron sus primeras declaraciones. "El hecho de que ciudadanos de un país que mantiene económicamente a El Salvador sean expulsados cuando el objetivo es ayudar a la gente pobre, indica que la democracia en esa nación no funciona", dijo la hermana Emily Goldfarb. Añadió también que, ante las órdenes y contraórdenes de civiles y sobre todo de militares, no se sabe quién manda en El Salvador, si el presidente Duarte, el general Blandón o la embajada de Estados Unidos. Desde Guatemala algunos religiosos pretendieron regresar a El Salvador, pero, ante la imposibilidad de hacerlo, alguno de ellos se fue a Honduras a ayudar a los refugiados salvadoreños. Todos han prometido denunciar el hecho en Estados Unidos y hacer demostraciones en Washington.

Unos se han ido, los



han sacado del país, llevándose con ellos el agradecimiento de los campesinos, su esperanza y su fe. Otros se han quedado. De las 132 familias que llegaron a Aguacayo, según un informe de Tutela Legal, la fuerza armada evacuó a 52 de ellas, 32 a Santa Ana, 17 a Apopa, una a Ahuachapán y dos que todavía esperan el traslado, alegando que no son originarias del lugar. Las otras están ya en El Barillo. Dos días después de su llegada ya habían levantado sus champas y se habían puesto a trabajar.

Ya están en sus lugares, pero se encuentran desprotegidos y rodeados de soldados. De hecho, el día 16 dos campesinos fueron capturados por la fuerza armada. En esta situación se han dirigido a Mons. Rivera para pedirle protección. En una carta del 18 de julio le piden ante todo que "se nos reconozca como comunidad cristiana y como población civil". En concreto piden la presencia de instituciones que garanticen su estancia y seguridad, la presencia de personas internacionales, de la Cruz Roja Internacional, de Tutela Legal y demás

personas del arzobispado, de delegaciones de derechos humanos no gubernamentales; piden antes que nada la presencia de la Iglesia, de sacerdotes y religiosas. Piden también que no haya presencia de la fuerza armada, que no se imposibilite el transporte de víveres y artículos de consumo. Piden que no haya reclutamiento forzoso ni se exija la incorporación a ninguna organización paramilitar, que no vaya a haber capturados ni muertos ni desaparecidos, que no haya visitas ni presencia del escuadrón de la muerte. Piden que se autorice la retoma de la tierra que es propiedad de la cooperativa y que la Iglesia les ayude con víveres y medicinas hasta recoger las primeras cosechas y bastarse por ellos mismos. Esta larga letanía de peticiones sólo indica un gran deseo: poder vivir en paz y dignidad como campesinos y como cristianos.

ULTIMA HORA. El día 24 de julio fue capturado Ciriaco Joaquín Rodríguez secretario de la Administración del Consejo de la Cooperativa de la Hacienda el Barillo, por seis elemen-

tos vestidos de civil, fuertemente armados, pertenecientes al cuartel de Artillería. Personas que presenciaron su captura afirman que se encontraban esperándolo dos vehículos de color amarillo y blanco con vidrios oscuros. Después de salirle

al paso, le dispararon por lo que, al parecer, se encuentra herido en dicho cuartel. Desde el día 28 de julio, dos miembros de la Coordinadora Nacional de Repoblación, de nombre Acisclo y Arturo, han desaparecido.

